

La espada de Miramamolín



La espada de Miramamolín

Antonio Enrique

Rocaeditorial

© Antonio Enrique, 2008

Primera edición: febrero de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-92429-77-6
Depósito legal: B. 390-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

Preliminares	11
Primera parte	
Los que duermen con los ojos abiertos	13
Segunda parte	
La ciudad donde todo se oye, pero nada se ve	85
Tercera parte	
Todos ciegos, menos un tuerto	163
Agradecimientos	219

La hora viene, vino hace muchas
horas y no termina de llegar.

Sharaya, Álvaro Mutis.

Sabado 31 de Marzo de 1696 a las nueve de la noche
murio el sñr. Canonigo Don Carlos de Austria;
fue muy ajustado sacerdote y de exemplar vida
y costumbres, requiem impace Amen.
Mostró de suya voluntad soterrarse
en hábitos, con la cruz de la espada dicha
del Mamolin entrambas manos, lo que así
se hizo después de los Santos Oleos, Amen Amen.

Acuerdo. Aunque debio empezar el goce
de la cera del nuestro Caudal para los entierros
de los sres. Prevendados, no se pudo conseguir
por ser el primer año y averse perdido los granos;
y así mandó el Cavildo que fuesse entierro de limosna
poniendo la fabrica la necesaria y pagandose
despues el consumo y mas que hubiese, del dicho
caudal, y asi se executó el siguiente dia Domingo
por la tarde.

D. Francisco de Artacho
da Fe

Cavildo de Lunes 30 de Abril de 1696 años.
En la Ciud. de Guadix a treinta dias del mes de Abril.

(Transcripción literal del acta de defunción de don Carlos Fernando de Austria, hijo natural, legitimado, del rey Felipe IV. Había nacido en 1639. Consta en el Libro 24 de Actas del Cabildo accitano, Archivo Capitular, documento con el número de registro 3009, estantería 8, balda 5. Nota: en el texto, la expresión «entierro de limosna» aparece subrayada).

PRIMERA PARTE

Los que duermen con los ojos abiertos

Cuando ya me retiraba, después de haberlo besado, el rey mi hermanastro, inmóvil hasta ese instante, pareció volver a la vida con un espasmo en la piel de su mejilla. La crispó un poco, y otro tanto sucedió con su mano, al ir a depositar en ella un otro beso, el último antes de emprender el camino. Lo miré entonces a los ojos. Y se me suspendió el ánimo. ¡El rey don Carlos Segundo me sonreía! Una atroz sonrisa, en su mandíbula descolgada y babeante. Entonces movió el torso, su menudo cuerpecillo que parecía hueco, y echándose a un lado en el sillón curul donde posaba, extrajo de debajo del cojín un objeto largo y delgado, envuelto en paño rojo de Nápoles. Era la mismísima espada de Miramamolín, testigo de los juegos de infancia de numerosas generaciones de príncipes e infantes, en aquel lóbrego Alcázar donde nunca, en siglos, hubo un solo instante de silencio, silencio completo, ni aun en las horas más estremecidas de la noche.

15

Jugábamos a escondidas de ayos y mayordomos, tanto más por cuanto su hoja verídica era, cacarañada de herrumbre antigua, lo que imponía una mayor emoción al riesgo de ser sorprendidos, o más aún herir en primera sangre, sin querer. Yo por mi edad, pues le llevo veinte años, también jugaba con Carlos, oficiando de hermano mayor condescendiente. Y había que verlo, sentadito en su silleta, pues apenas se tenía en pie con aquellos sus zancajos cartilagosos, balanceándolos porque al suelo no le llegaban, lanzar estocadas al aire y balbucir grititos de gato mojado contra la morisma imaginaria, sarracenos de barbas retintas, piratas berberiscos, jauría de jenízaros, ralea de muslimes, mahométicos todos.

Sonrió, con su desvencijada boca, de fijo acordándose de nuestros juegos, y en aquella fealdad de catástrofe el rictus le lució benévolo, de manera que se le transfiguró súbitamente el semblante hermo-seándolo de humanidad y afecto, aunque sólo fuera por unos segundos. Pues por debajo de su impavidez a que le obligan en todos y cada uno de sus gestos, Carlos es bondadoso, sin otra mácula en su bon-

ANTONIO ENRIQUE

dad que la crueldad que de pronto, sin saber nadie porqué, le aflora; bondadoso como lo son todos los príncipes desgraciados de la tierra. Y esta crueldad que como interdicto le asalta, y le rapta hasta el regodeo ante el sufrimiento de algún desgraciado, no es más que por sus quejumbres, soflamas de quebrantamiento de huesos por la reuma que lo hacen aullar hasta dormido. Pero nadie hace cuenta de ésta su tan peregrina virtud, siendo que el horror que provoca su cuerpo artrítico, donde se ceban todos los dolores, tapa lo demás. Pero al sonreír, ya digo, bien que se le transparentó esta benevolencia mansa, esta ingenua dulcedumbre y blandura de ser. Él sabía muy bien que me marchaba. No muy bien a dónde, porque estos reinos tan al sur de sus dominios no se le alcanzan donde hallarse puedan, y porque no mira los despachos que a rubricar le instan, siendo que el que por mí hubo de ratificar es de proveimiento de una plaza vacante de canónigo por designación regia.

16 Pero sabía que me iba, y que ya no nos volveríamos a ver en este mundo. Y sonrió sin dar importancia a la muerte, engulléndose la pena. Empero, sonrió porque, hasta más vernos en el Valle de Josafat, era mayor su impaciencia por hacerme feliz con tan inesperado presente. Que yo sé bien cuanto él lo valora. Pues luego ya de rey se resistía a despojársela del cinto, aun en las aparatosas audiencias ante embajadores de otros mundos, nuncios de reinos imposibles que se le figuraban máscaras de mojjiganga, carnalada de fantoches aquellos tamerlanes ciezos, tártaros idólatras con rosca en la cabeza y bigotes lacios hasta la cintura. Con gesto digno que no alteró su continente me la ofreció, con solemnidad tanta como pudo hacerlo con la espada ganada en batalla al más tenaz de los príncipes herejes, algún soberano teutón duro de roer hasta por nuestros Tercios viejos. Quiso dármele, cuando ya partía, porque él y yo nos entendíamos de sólo mirarnos, y así él y yo nos teníamos afección de alma. La espada de Miramamolín, que no era de Miramamolín.

Hay quienes duermen con los ojos abiertos. Los que duermen con los ojos abiertos aspiran a no morir. Duermen con los ojos abiertos en sus cámaras oscuras para que la muerte no los sorprenda. Así Carlos el rey, el monarca de mayor imperio conocido en la historia del mundo, Carolus rex Secundus, mi hermano menor, hermanastro mío de padre.

No es cierto que esté muriéndose a causa de los hechizos, por tantos venenos y atriacas como le embuten en la jícara, cuyo chocolate degusta con golosina irreprimible, temblequeante de ansias su

nariz de babuino, larga como quijada de burro a lo largo del rostro triste, y su boca, de labio sumido el de arriba y grosezuelo como de mujer el de abajo, montada en el maxilar prognático. De lo que se está muriendo, de eso, sólo lo sé yo. Porque muriéndose lleva ya cosa de tres lustros, aquejado de lavativas y sangrías, de manera que la *hora que mata* está por sonar al menor descuido, mientras que sin rozarle pasan las que solamente *hieren*. La prueba la tengo aquí, entre mis dedos. En este bicho anterior al Diluvio.

Hube de acercarme a él, en su lecho con calaveras y momios como le ponen. Fue días antes de mi partida, y mi intención no era otra que cumplimentar la ceremonia de los adioses y parabienes. Carlos yacía clorótico, con la piel más blanca que los almohadones. Habíanle cubierto con la capa del santo Juan de Ortega, y reparé que en sus manos sostenía el cilicio de santa Inés, venerandas prendas bendecidas por el archimandrita de Quíos. El olor se hizo más fuerte conforme me acercaba, un inexplicable olor a moho y pimienta en que da la fermentación de sus humores. Entonces, al incorporarse para susurrarme que esperase, que retrasase mi partida porque tenía que hacerme ofrenda de un regalo, fue cuando saltó, saltó la liendre de su greña a la mía. Atormentándome ha venido todo el camino. Y esto es lo que hice, posponer mi marcha, yéndole a visitar en el último instante, cuando el carruaje con todos mis bártulos aguardaba en el patio de Armas, impacientes los corceles con repiqueteo de sus cascos contra el empedrado. Y era este hatillo lo que había de darme, con el espadín adentro.

¡Pobre Carlos, *Secundus* como yo le llamo familiarmente! Los piojos los cría su piel, los cueros sebáceos de su desquiciado organismo. Huele espantosamente a éste su genuino efluvio, resultado de los orines resecos en las cataplasmas que le adoban, porque su desmadejamiento le impide levantarse, y de las flemas en las bizmas con que le cubren el roncherío. Todo él son estos tufos extraños, esta acre hedentina que no se le va así le den, como hacen todos los años por Pascua, friegas con piedra de luna. A simple vista se los ve, los piojos que de la carne se levantan, como debió de ser de los légamos los insectos en los primeros días del mundo. Piojos son que nacen ya amaestrados por lo corretones que se muestran sobre las hechuras de su cuerpo, por debajo de los tafetanes con que le acuestan aun en los rigores de la canícula. Los piojos se alimentan de este olor de sus acecinadas magras y mantecas renegridas, están abrigaditos ahí entre sus piernas, y cuando también ellos parecen asfixiarse de tanta tupida miasma, emprenden la travesía del Desierto a través del tórax hasta aparecer por el pescuezo, a donde se asoman como pensativos

ANTONIO ENRIQUE

de calcular cuánto aún les queda para alcanzar la Tierra Prometida. Ésta no es otra que los pelos de su Majestad Católica: una bofa madeja capilar, repleta de polvo rancio, con costras raídas de tanto rasarse, por donde se le ven pulular a los piojos. Los hay incluso minúsculos, de recién salidos de sus ovas. Día por día he visto cómo ya no lo respetan, ni con los aspavientos con que sus fámulos los espantan; no lo respetan ni a él ni a los físicos que le auscultan con pomadas y mejunjes, ni aún, peor, a los archipámpanos eclesiales, que merodean su sitial dispuestos a abalanzársele con prédicas e hisopazos. No respetan los piojos al rey de las Españas; sí tanto noble, sí sus vasallos, los piojos no. Se desplazan a legión, y es imposible acabar con ellos. Ni con pócimas de heléboro blanco pueden. Certeza es de su hechizo, dicen. Y otros, que los han contagiado las mojamamas de santo que a su vera en el lecho le ponen, con otras reliquias martiriales que siguen descomponiéndose desde siglos. Y otros más que fue, esto de los piojos, de cuando se hizo abrir el Pudridero y levantó, allá en el valle tenebroso donde yacen, en el monasterio erigido a imagen de la parrilla donde se tostó san Lorenzo, la tapa de los ataúdes de sus antepasados, que son en parte también los míos. Estos ataúdes, con lo que adentro contienen, aguardan quedar con los huesos mundos, hasta que por fin los pasan al Panteón que nuestro bisabuelo Philipo instaurara, otro sí Secundus. Los ataúdes hervían. No diré más.

18

Así en su Alcázar, que se eleva como una burbuja de espantos sobre los sopicaldos de mugre de Madrid, el Magerit del Miramamolín de nuestros juegos infantiles. Las gentes que lo pueblan inmunizados están contra los contagios por tanta podredumbre entre la que azacanean, de forma que los aires, tan puros, del Guadarrama, dicen que son fatales, porque irrupción tal de salud desequilibra los organismos. No hay quien salga luego de puesto el sol por tantas aguas fecales como por los balcones vierten y corren arroyo abajo de las callejas, y así la humedad de la pocilga que entera es la Villa y Corte distrae los huesos de sus junturas, vicia la sangre con flemas opacas, obceca los humores de vientre e hígado, y así se cuentan por millares los afectados por la reúma, los cálculos y los sucios romadizos, principal de los cuales es el rey mi señor. Mi pobre hermano, tan feble que se desespera porque hasta estornudar le cuesta ímprobos trabajos. Y ni aún cuando se levanta al mediodía y en volandas lo ponen a la bacineta, no puede obrar sus cámaras, y se está un tiempo depariendo con sus nobles y validos como seña de real confianza, hasta que, con grandes bríos que lo dejan desmayado, al fin sí puede, y los nobles han de salir luego desencajados, precipitadamente, a las

antesalas, donde se recomponen, con los ojos abrasados por el asco. Y él, tan ufano y dichoso, como si hubiera cumplido el más sagrado empeño de la monarquía.

Y esto es lo que me ha quedado de ti, un mísero piojo. Por fin le he dado captura. Y aquí lo tengo entre mis dedos. Chascándolos con la uña del pulgar sobre la yema del índice aprendimos cuando niños a descabezarlos. Pero no voy a cascarlo, no lo voy a hacer, Secundus, porque es lo único que de ti me queda. De tanta y tan encopetada grandeza, de aquellos saraos, teatros y monterías, de las funciones donde los más conspicuos oradores endilgaban la minuciosa relación de los tormentos infernales, al punto de corrernos un estremecimiento de miedo placentero, de aquellos banquetes, de aquellas mascaradas y desfiles, sólo esto, una liendre-madre, descendiente, seguramente, de la que un día saltó desde la cresta del papagayo favorito del rey, e inficionó a toda la corte por un tiempo, de modo que durante semanas y meses los más altos prohombres de Castilla se rascaron como monicacos. Esto, y el famoso espadín. El rey de España e Indias está muriéndose de piojera.

Así entra en la ciudad, a siete de marzo de 1691, un carruaje, que lleva los faroles encendidos. Va un hombre adentro y también una mujer. Ésta, como de veinticuatro años, es su hija. Adentro, sólo reluce el espeso cabello entrecano del señor. La señora, sentada a contramarcha, es un bulto cóncavo hacia el hombre, pues parece que departen. Por el contrario, al señor, que es muy obeso y algo corpulento de talla, se le ve tan fatigado a través de la ventanilla que incluso bosteza. Tiene, si reparamos bien, las mejillas largas y laxas, con carrillos amplios y salientes que hacen asemejar su cara al morro tristísimo de un hipopótamo. Y sí, da la impresión de que la dama va diciéndole algo. Se la oye, o cree escuchársele, más bien por cómo adereza las vocales con su boca. La cerró mucho, como para besar, luego la abrió hasta mostrar sus dientes, y por fin rozó con la lengua los incisivos, mientras estiraba hacia atrás las comisuras de los labios, como prolongando un resoplo: Gu-a-di-x, había proferido, por este orden.

19

—¿Qué hacen éstos? —pregunta.

El cachicán, arriba en el pescante, había parado a los mulos, trayendo hacia sí las riendas, con un sonoro ¡sóoo!, que los dejó pataleando en el aire. El caballero, asomando la carota por la ventana del carricoche, miró aquella muchedumbre, a horas tan desusadas en la calle. Eran gentes desarrapadas y miserables, hombres, mujeres, an-

ANTONIO ENRIQUE

cianos y hasta niños, sobre cuyas cabezas, con el cráneo rapado y untado de aceite y ceniza, un santo en sus andas oscilaba como sobre barquichuela a los vaivenes y tironazos de los más próximos. Los rostros, tiznados a golpe de penitencia, resaltaban sudorosos en aquel sahumero de antorchas y hachones, con mechas dobles o partidas en sus puntas, como dicen que son las barbas del demonio.

—Una procesión, maese. No podemos pasar. ¿Doy la vuelta?

La muchacha, que por la otra banda del vehículo se había preocupado por saber, se incorporó de nuevo a su asiento, para decir:

—Sequía, padre.

—¿Qué dices, hija? Habla más fuerte.

Porque rayaba en delirio aquel griterío. Que no era constante, antes bien alguien parecía azuzarles, conminándolos con voz perentoria. Y así aquella muchedumbre se callaba y luego respondía. Pero entre lo uno y lo otro, se establecía un silencio tanto más abrumador por cuanto los aullidos sonaban atribulados, algo así a semejanza como cuando muchas personas sorprenden impotentes a un niño cayéndose por un balcón.

—¡Que han sacado al santo porque hay sequía!

La chica volvió a desbordar sus bucles por la ventanilla.

20 —Que a dónde lo llevan —alzó la voz lo que pudo el caballero. Y no tardó en regresar a la atención de su padre.

—A la iglesia.

—Lo he escuchado perfectamente, Mariana, hija. No hace falta que grites.

El mozo de mulas se abrió el capote untado de brea con los esfuerzos por dar la vuelta al carricoche. Es del caso que, llegados días antes a Despeñaperros, hubo que trocar los caballos por éstas, más acordes a las escarpaduras de aquellos riscos legendarios.

—¿A dónde vamos, usía?

—Al palacio de los obispos a estas horas no podemos. Echa para la catedral, pregunta por dónde se llega.

Y volviéndose a su hija:

—Alguna posada habrá. Así mañana estaremos más cerca cuando nos levantemos. La Curia no quedará lejos.

El carruaje rotaba mal por aquellas calles oscuras y malolientes. Visto desde atrás, tambaleándose sobre la calzada pedregosa, parecía, tan abultado y negro, o muy grande, o las calles muy estrechas, pues apenas permitían su paso sin rozar los muros. Tan estragante calor, entretanto, succionaba, de la sequedad del polvo, un rancio olor de orines viejos. Tan sólo unos candiles titilaban en las esquinas de los cantones.

—¡Vaya ciudad ésta! —dejó escapar el caballero, muy abatido y allanado en el asiento.

Las casas desahuciadas, sórdidas. Más polvo ascendiendo por el viento de las horas hondas de la noche hasta la mella de los ventanucos. Las puertas cerradas, como bocas oscuras de moribundos.

—Aquí perecemos, hija.

Iglesias y palacetes, broncos. Con poternas y torreones hostiles. Iglesias infamantes de cuando la Grande e General Conversión. Palacios de hidalgos espúreos, de los que ocultan con sus pujos la ilegitimidad de sus orígenes y, aún más, de sus ganancias.

—No haber pedido la plaza, señor padre.

—No la he pedido. Me cayó en suerte —dijo, aun a sabiendas de que no era cierto. Cuanto más lejos de la Corte, mejor; fue lo que pensó cuando le declararon el lugar de la vacante.

—No os podéis quejar, padre. Primera sede episcopal de España, por antigüedad. Los obispos de Guadix tengo entendido que ocupaban lugar preeminente en sínodos y concilios por reconocimiento de tal prestigio.

—Sabes más que yo.

—En todo un señor canónigo os habéis de convertir.

—¡Ya!

Y estaban en la catedral, parados ante su fachada atestada de andamios, grúas, toldos y cabrestantes.

—¿Es que se ha derrumbado?

Y la muchacha:

—¡Ay señor padre, y qué cabeza! ¿No se apercebe su mercé de que aún no está acabada y la están rematando?

Definitivamente se rehundió en el asiento, como dispuesto a no entender ni saber.

Mientras el cachicán, palafranero o mozo de mulas, que de todo fue en el trayecto desde el Alcázar, preguntaba por algún hospedaje, a unas sombras que aparecieron y eran corchetes, el caballero musitó:

—A la casa de putas.

—¿Queé? —resolvió, incrédula, la hija.

—Que lo llevaban, al santo, a la casa de putas.

Y añadió:

—A las mancebías. Castigado. Por no caer ni gota de lluvia.

Llegada la mañana, ya estaba allí plantado, frente a la catedral. Con paja todavía entre las hebras de cabello blancuzco que contras-

ANTONIO ENRIQUE

taba con su rojiza tez de hipertenso, porque dormir, habían dormido, pero en un establo. Su hija le acompañaba, aunque ésta fresquita como el mismo amanecer. Ella vestida con garnacha y basquiña, ambas bordadas con un hilván de plata a fantasía, él cubierto por un balandrán negro que abombaba más su figura de cortesano munificente.

Como salidos de un agujero que encubriese la misma construcción en obras, fueron apareciendo hombres con el torso desnudo, socarrado por los soles a la intemperie. Comenzaron la labor tan en silencio que ni se dieron cuenta, el hombre y la mujer. Pronto aquello pareció un hormiguero, con operarios acróbatas arrastrando carretillas por los delgados armazones, y los demás apelmazando unos con sus mazas los muretes de cimentación y picando otros zanjas aceleradamente y sin parar, con frenesí de convulsos. Otros más aún chapoteaban en las pozas, doblado el espinazo con la argamasa hasta las rodillas, como si fueran tintoreros o batanes agitando los garrotes en aquellas plastas. Bien guarecidos bajo sus toldos, los capataces avizoraban desde las torretas de madera. Chirriaban en sus poleas los cabrestantes de las grúas levatorias, remontados a tracción por mulos que chapaleaban los pezuños en el barrizal.

22

—¿El infierno es así? ¡Señor padre, que os estoy hablando!

—En unos sitios del infierno sí y en otros no, según —absorto como estaba con aquel bullicio y tráfago, dijo distraídamente.

—Porque en el infierno ha de haber catedrales, ¿no?

—Nada de eso dice don Dante el florentín.

—De seguro.

—Menos sorna, hija.

Ésta, mirando de soslayo, señaló con la barbilla a unos que venían hacia ellos con ademán dispuesto a mucha jácara de saludos.

—Pues ya tenemos aquí a los primeros inquilinos de las zahúrdas de Plutón —dejó escapar el hombre, mirando al reojo él también.

Tres clérigos ya delante, con sofocaciones de excusas y remilgos.

—¡Mi señor don Carlos, qué bueno por aquí! No se le esperaba tan pronto.

—Don Carlos, quién lo hubiera sabido, para alojarle cumplidamente, y ser debidamente agasajado.

—¡Y tan bien acompañado, excelencia!

Don Carlos les había prestado tan nula atención que, mirando como estaba unas carretas haciendo en ese mismo momento su trabajosa aparición por una calle vecina, preguntó, de brusco:

—¿Qué portan esas carretas, para que los bueyes vayan bofando?

Los tres se quedaron con los brazos tendidos, con asombro mudándose en contrariedad.

—Dispensen, señores. Era en son de chanza.

Y los tres formularon dengue de alivio.

—Ya nos habían prevenido del natural de su señoría, ya —saltó el que más se había chasqueado.

—Bien, señores. El obispo.

—Tiempo habrá, monseñor —quiso congraciarse el más hablador de los tres.

—¿Y por qué no una vueltila por el sacro recinto? Así se formará una idea de en qué circunstancias estamos los canónigos, porque de los oficios de coro no se nos exime.

—A pique de que una cornisa se nos caiga encima cualquier día.

—Pues no será de tanto como se canta, porque aquí los más excusan la asistencia —éste último no había hablado hasta entonces, y tenía la voz bien cavernosa.

—Pues adelante entonces.

La muchacha aceleró, para ponerse junto al padre. Habían echado a andar con grandes zancadas. El más gárrulo se paraba de cuando en vez, y el sol daba en sus lentes con un esdrújulo de luz; a su destello, su boca entreabierta le ponía expresión de bobo.

—¡Mejor que la de Granada! Ésta es más pequeña, lo reconozco. Pero más pulida, más...

—Más señora... Más señora, sí, que la Pía Granatense.

—En este mismo espacio, señores, alzó Julius Caesar su campamento, camino de su victoria en Munda —el de la voz opaca, con prosopopeya.

Subían y bajaban por los desmontes. Hacía por no retrasarse la muchacha, con trotecillo que la equiparase al padre, ágil pese a su corpulencia. Girola y ábside por la cabecera, más capilla mayor y coro, estaban ya trazados y en parte cubiertos, al cogollo de aquella inmensa fábrica. No habían sido retirados aún los andamios.

—Pero ¡cómo! —se extrañó don Carlos— ¿Tan en ciernes está aún la torre?

—Es que hubo que volverla a levantar.

—Sí, monseñor —completó el más callado de la comitiva—. Tan poderosa era que ha habido que cimentarla de nuevo, no bastando la planeta misma a sustentarla. Uno por uno han debido apearse sus sillares.

—Mejor, así se penitencian. Porque cada piedra está reglada, según pecado.

—Pero ¿imponen sus reverencias tal peaje a los cristianos?

ANTONIO ENRIQUE

—¡Digo! En cuaresma escasean. Pero así llega mayo, los brazos se multiplican como los del gigante Briareo. Digo yo que será por lo de las romerías.

—¡Claro, claro! Cuando los trigos encañan y los amadores van a servir al amor —concedió don Carlos.

—¡Favor, señores prebendados! Hay una señora delante —el de la voz lobuna, oficioso.

La señora, esto es la muchacha, asió de la bocamanga al padre y lo guiaba entre tanta máquina como había esparcida por aquellos ámbitos: calderos, molederas de cal y hasta un martillo gigante giratorio. Quería, ella también, ver qué contenían aquellos carretones que se habían abierto paso hasta donde se asentaba la torre. Pero no hubo a qué, porque con fatigosos trabajos, apalancándolos en sus plataformas con recios varales de hierro, estaban intentando volcar aquellos inmensos bultos enrollados en lona que transportaban hacia los huecos horadados a pie de torre. Padre e hija miraron con estupor que eran estatuas aquellos bloques colosales. Efigies marmóreas de dioses y emperadores, y de diosas matriarcas y de tribunos. Pareciera que las llevasen a enterrar, amortajadas en un velatorio incomprensible. Pero sólo eran estatuas ciclópeas, de las que sobresalen de las cornisas, encima de sus plintos en la escalinata de los templos. Padre e hija se miraron sin rechistar.

24

Uno de aquellos canónigos, el que se había mostrado más susceptible con la chanza antes, apostilló, aun sin poder ocultar cierta mala conciencia:

—Hay que terminar con la idolatría. Ya verá la grey que le aguarda, ya.

—Levantiscos, versutos.

—Obstinados, pendencieros, arteros... y muy rijosos. La peor gente de España, la peor. Morescos. Si no la dan de entrada, la dan de salida, que eso mismo dijo de conocerlos don fray Antonio de Guevara, obispo que también fue de Mondoñedo, preceptor de su augusto bisabuelo don Carlos Imperátor —añadió el de la voz oscura.

—¡Tatarabuelo, y de eso hace ya muchos años! Pero, señores —salió del estupor don Carlos—, ¿no se le da nada al cabildo utilizar como piedra de cimientos semejantes maravillas de la Antigüedad?

—Se puede y se debe —adujo el más locuaz—. Tierra fue ésta de paganismos, solar de nefandas latrías y hechizos demoníacos. Y no nos damos abasto a demoler tanto templo a Memnón y compañía, y a doña Isis y doña Proserpina, diosas infernales, juglaresas de las oficinas del diablo.

—¡Señores, señores! Con la extenuación que les cuesta demoler,

¿no sería menos gravoso apuntalar los muros con piedra de las canteras, más liviana y menos costosa de conducir?

—Acuerdo de cabildo, don Carlos, excelencia. ¡Mire, por allí viene el señor obispo!

Y aunque escudriñaron con interés el lugar hacia donde señaló el canónigo, el de los tres el más parlero, padre e hija sólo atisbaron a un hombretón ataviado de fraile, a lomos de una burra que montaba a pelo. Llegaba arreándola con el calcañar, unas porras agrietadas adentro de las sandalias. La saya dejaba ver unos tobillos blancos, y más arriba las cerdas espesas de sus rudas piernas.

—¡El episcopos! —clamaron, a la par.

Apeándose de la mula a culorrastras, se llegó a ellos con las manos tendidas don Juan de Villace y Vozmediano, bailoteándole en la faz algo que, con imaginación, pudiera pasar por sonrisa.

—¡Ea, mi señor don Carlos Fernando! Apenas he sabido, aquí me tiene.

Un hombre recio, de los que dan las familias pobres de Castilla, y entran en la Iglesia de pequeños donde aprenden el oficio de capataz de latines, con el mismo rigor que lo harían con el de percheros o muleros. Pétreo, seco, con el rigor del garbanzo y la severidad de la sogá; ortigas en el mirar, voz tonante y percutiente como pellejo de tambor a rebato de mazas. Frío daba mirarlo, como si en sus huesos calizos contuviera el helor de los morteros en los blancos muros y graníticas columnas de las iglesias despojadas, donde mucho se han prodigado en misas y sermones.

Los obreros mientras tanto, con tirantez de músculos como tendones de buey en brazos y espaldas, iban arrojando estatua tras estatua en las zanjas, para asegurar la torre tremebunda, que se asentase luego como bota triunfante sobre el cuello del Infiel, por los siglos de los siglos. Los emperadores, cónsules y pretores, dioses y diosas del panteón romano y el averno egipciaco, caían, de mala postura muchos, y como resistiéndose a pura fuerza de gravedad todos, levantando polvo, aquel polvo de sequía, que más bien pareciera polvo de batallas.

La casa que le asignaron los curiales es la que queda al promedio de la calle San Francisco, subiendo a manderecha, en dirección a la de Santa Ana, en la que desemboca perpendicularmente. Se prolonga ésta última hasta el santuario de su nombre, sobre un altozano y ante un compás que hace placeta, donde fluye un pilarón sus aguas mediante dos caños insertos en sus mascarones de piedra. Arranca

ANTONIO ENRIQUE

aquella, la de San Francisco, en la placeta y templo homónimos, templo al que se adosa un beaterio de frailes de la misma orden mendicante. En la época, sin embargo, esta iglesia de traza humildísima, pero dotada de un artesonado prodigioso por obra de moriscos, servía de enterramiento a los grandes del lugar, una muchedumbre de nobles segundones, con ínfulas inversamente aparejadas a la cuantía de sus rentas.

La portada, inconcebible por paupérrima, es un simple frontis bajo techumbre abuhardillada, con una fenestra rectangular sobre el portón sin más ornato que un dintel de arco conopial, y en su clave un minúsculo nicho con el escudo de la Orden. Está toda ella enjalbegada con tantas capas que aparecen desconchones por todas partes, descubriendo el tapial de ladrillo. Precisamente éste es su único encanto: el sol riela esplendoroso sobre la cal en las mañanas de invierno, como orientada que está a mediodía, y es un placer pasear por aquí, entre tanto silencio, silencio de ruinas sobre las que destaca, retrancada hacia uno de sus flancos, la torre, cuadrangular, mocha y con regueros de tizne en sus huecos, cegados de campanas sino por una, mínimo esquilín más bien. Cuesta pensar que ésta era la iglesia preferida del más noble estamento, compuesto por estirpes que remontaban sus orígenes a los adelantados de la Mar Océana e Indias, a los furiosos capitanes de las guerras de Italia y Flandes, a los condotieros del Saco de Roma, a los almirantes de tierra seca descendientes del Cid.

26

Hoy, la placeta oblonga donde la iglesia se ubica queda a trasmano de todos sitios, y basta detenerse para sentir el Pasado liberando sus imágenes y rumores, como si algo dentro de nosotros mismos fuera un bloque de ámbar con un insecto fósil adentro, y se le viera moverse y agitar sus preciosas anténulas. Este *algo*, la memoria, tal vez sea de la misma sustancia que el ámbar. Y ámbar es todo allí, pero más que nada su luz, su luz triunfante sobre los despojos de cuanto, alcanzado el ápice, se despeñó a través de la historia, una luz que se *oye más que se ve*, como una cascada avanzando desde lejos, atronándolo todo con su oro batido.

Don Carlos Fernando de Austria y su hija Mariana Fernández de Austria se hospedaron aquí, en este caserón humediento de arrabal. Una tarde recogió el caballero la llave en la misma Curia, y sin más emprendieron el camino, cogida ella al brazo de su padre. Y parecían, tan solos y bien avenidos, dos inocentes por aquellos andurriales. Sin nadie que les echara cuenta, pero felices a su manera por el solo hecho de estar juntos, padre e hija se fueron internando por la así llamada Morería de Santa Ana.

Era la calle un lodazal de bostas de caballería, asnos y mulos que a esas horas, caída de la tarde, los almocrebes llevaban a abrevar en los cercanos caños de Santa Ana. El caballero y su hija hubieron de apartarse, ya apostada la llave en la cerradura, al paso de una piara de cerdos que arreaba un mozalbete cubierto con un jaique andrajoso, tan grasiento que parecía adherido a la piel con las mismas heces de los nauseabundos animales.

—Éstas tenemos, hija. Por donde se ve la consideración en que los curas tienen a tu padre.

Sin embargo, tras la puerta, se ofreció, luego del zaguán, a la umbría de las plantas en paredes y macetones, un patio de columnas romanas y una fuente en su centro tan escueta y deliciosa que Mariana corrió a introducir sus manos, y luego, a curiosear.

Su voz llegaba de lo alto, por el hueco del patio. La muchacha se asomaba a la galería de vez en cuando, crecientemente excitada.

—Hay de todo, padre.

Don Carlos Fernando, que ya contaba con una edad, fue ganando los peldaños de la escalera, con cansancio que no empañaba su aire bonachón. Ya arriba, dijo:

—Es de un reverendo ha poco fallecido.

Y después:

—No revuelvas, hija. A los muertos recientes no les gusta que les toquen sus pertenencias —y añadió, pensándolo mejor— hasta más ver dónde les dan plaza, que de seguro no será a la que aspiran —esto último, con sorna.

Mariana, con alegría bailoteándole en los ojos, apareció con un brazado de ropa.

—Mire, padre, mire qué piezas —don Carlos en efecto tocó paño—. Suavecitas y calientes —y las llevó a las mejillas—. Vestidos buenos, algo pasados pero buenos. Me harán avío si les ciño un poco. A ojo veo que me quedan grandes.

Y en un acceso de loca jocosidad fue lanzándolos al techo y, sin parar de danzar, iba recogéndolos, riendo de sí misma cuando se le escapaban y enredaban en los pies o la cabeza.

Don Carlos tomó asiento donde primero vio, un banco adosado a la pared entre dos óleos empatinados, sobre uno de aquellos cuatro testereros que conformaban la galería.

—Tú sabrás.

—Serían de su madre —comentó Mariana, cuando se serenó un poco.

—Tú sabrás, hija.

—Muchos tonsurados tengo visto que viven con sus madres.

ANTONIO ENRIQUE

—O con sus sobrinas.

—¿Y habré de pasar por sobrina yo también?

—¡Eso nunca jamás!, porque nos asiste prerrogativa, que soy seglar. Así que hija, hija mía y de tu madre, Paca Díaz Cabanero por más señas. ¡Paca, como si la estuviera viendo!

Mariana, sabedora del genio de su padre, un tanto dado a melancolías, se le acercó, mimosa como en tantas ocasiones.

—Murió del garrotillo.

—Ya lo ha referido muchas veces. Yo tenía diecisiete años, así que me acuerdo de cuando me trajeron la noticia en el convento aquel donde estaba de meritoria. ¿Recuerda, padre? Qué poco tiempo vivimos juntas. Llegó la monja mayorala, apartó el bastidor donde estaba bordando, de pésima manera, y me dijo que había de encomendar a Dios el alma de doña Francisca, que ya estaba ante el *tribunal del Juez Tremendo*. Tan solo eso. Y se fue sin una palabra de más. Sin un consuelo.

—Pues del garrotillo. En la epidemia del catarro de 1684.

—Y padre, excuse, ¿por qué nunca me llevasteis a su tumba? Lo mismo está en alguna de aquellas iglesias de Madrid, con lauda y todo de nuestra familia.

28 —Ven acá, atolondrada. Tu madre está en una fosa común. Por eso nunca te he llevado a su tumba.

—Por la epidemia, seguro que por eso.

—Esperaban con el ataúd al otro lado de la puerta, apoyado a la pared sin que el moribundo lo viera, con la tapa abierta para no perder tiempo. Todo el mundo pensaba que la causa de la muerte de uno era la de otro muerto previamente, de manera que cuanto menos tiempo estuviera expuesto, mejor.

—¿Y con mi madre hubo que correr tanto? —cesando ahora en sus zalamerías.

—¡Quita, hija, no hablemos más de esas cosas! ¡Yo adoraba a tu madre!

A lo que añadió, retrayéndose de la pena que súbitamente le había acometido:

—Y no era de nuestra familia, como tú dices. Era una mujer llana del pueblo de Madrid, como tantas, que lo son altaneras y de carácter bravío. Pero ella... Ella tenía esa mata de pelo oscuro, que le caía en bucles, como a ti, hasta casi la cintura —y se los acariciaba, abstraído—. Y era alegre, como tú. Y tenía, aun su *aquél* acampanado que gastaba, un corazón bien tierno, como que lloraba por un simple ratoncillo. ¡Qué Paca, que me tenía siempre como en volandas!

Miró a Mariana. Mariana le miró a él. Echó sobre su hombro la cabeza, sentada como estaba sobre una de sus piernas. Estuviéronse así un rato, mientras no paraba de atardecer y se iban entrando los celajes de la noche con penumbras azuladas en el patio, junto al frescor de las yedras y aspidistras.

—¡Vamos, niña! ¿Hay algo en la alacena?

—De todo, padre, ya le dije.

La casa estaba intacta. Se percibía que una mano diligente había seguido a su cuidado, tras la ausencia del hasta ahora ocupante. Salvo algunas imágenes religiosas de bulto redondo, piezas sin valor que parecían instaladas más por obligación que por devoción, junto a algún que otro reclinatorio ante altarcicos y capilletas, el mobiliario se componía de elementos recios y de buena traza: las camas con baldaquín, las mesas profusas para muchos comensales, los armarios con puertas de bisel, arcas con flejes, sillas y sillones drapeados y de cordobán. Cuadros algunos profanos y alfombras no todas de pleita, sino de buen cáñamo. Velones de Lucena, de cuatro, ocho y doce mecheros. Cortinajes altos, con alzapaños de filigrana. Las negras y anchas molduras de los marcos, en cuadros y puertas, contrastaban con el brillo dorado de los bronces, sobre el campo visual de las paredes blancas, irreprochablemente revocadas. Oía a costosas maderas de roble y olivo, pero también de guindo y de cerezo, levemente atacadas por la humedad de las lluvias. Y procedía tal aroma no de los enseres tan sólo, sino de más arriba: de los artesonados y alfarjes, que techaban las estancias más nobles.

29

Yantaron en silencio, en la cocina con fogón de campana al fondo, tan alta y profunda que cupiera un jinete. Dieron las ocho en el cercano convento de San Francisco. Se fueron retirando a descansar.